

## REFLEXIONES

## Una estampilla

■ Me ha llegado una carta desde los Estados Unidos y me he quedado mirando largo tiempo, fascinado, la estampilla que trae el sobre. Es un sello vertical de color marrón de trece centavos. Lo que ha despertado mi interés y curiosidad es que la estampilla, en vez de mostrar el rostro de un héroe de la independencia, de exhibir una escena histórica o mostrar en brillantes colores un animal o una flor, trae el dibujo de un científico mirando por el microscopio. En letras cursivas, se indica en el sello que se trata del Dr. George Papanicolaou.

Recuerdo que en nuestros tiempos de estudiante, se nos instaba a interesarnos en la filatelia como fuente de cultura. A través de la colección íbamos descubriendo los nombres de países ignotos, de Estados que habían existido y luego desaparecido en la transformación del mundo; en los pequeños sellos dentados aparecían rostros de reyes y gobernantes que incitaban nuestra curiosidad y nos enviaban derecho a diccionarios biográficos para enterarnos quiénes eran, qué habían hecho y cuáles los méritos que les permitían el honor de viajar por el mundo convertidos en sellos postales. Pero no recuerdo de mi colección de sellos de niño ninguna estampilla dedicada a un científico. Tal vez, el rostro de Luis Pasteur se asoma en mi memoria como inserto en una estampilla francesa.

Esta estampilla norteamericana me ha vuelto a recordar el valor didáctico que tienen los sellos y a poner en evidencia, una vez más, cómo esa nación aparentemente tan pragmática y utilitaria sabe honrar a quienes han brillado por su labor intelectual y científica, aportando al progreso de la humanidad el resultado de su labor investigadora.

El doctor Papanicolaou es un nombre que bien conocen las mujeres de todas las latitudes. Dedicó su vida al estudio del cáncer uterino y logró descubrir una forma de examen que permite detectar anticipadamente el mal, logrando así su neutralización.

Pienso que un sello como éste, que dará la vuelta al mundo, en millares de sobres, no sólo constituye un homenaje al científico que nació en Grecia, obtuvo su doctorado en Alemania y realizó su labor en los Estados Unidos, sino también constituye una forma de propaganda para llamar la atención sobre su test y la necesidad de que él sea realizado periódicamente. Así, la estampilla cumple, además de sus funciones propias, la humanitaria misión educativa en un aspecto que es vital.

Si este ejemplo se siguiera, si los países pusieran su interés de propagar a través de los viajeros sellos no sólo una propaganda turística o de exaltación de valores nacionales, sino campañas de bien común, el valor didáctico del sello no estaría reservado a los coleccionistas, sino a sus usuarios y a través de los policromáticos pedacitos de papel adheridos a los sobres, se podría realizar una labor de beneficio general.

La leyenda cuenta que San Valentín, al ser encarcelado, se dedicaba a escribir pequeños papeles en que expresaba su amor, para luego lanzarlos por los barrotes de su prisión, sin saber quién los recogería y a quién sus palabras llegarían, pero en la seguridad de que alguien de los que encontrarán sus recados anónimos, se sentiría reconfortado por su mensaje de amor.

Así, también, alguien que ha visto esta estampilla de la que yo estoy escribiendo, podría sentirse inclinado a hacer el test Papanicolaou y, así, detectar tempranamente un incipiente cáncer. Y basta que una sola mujer sea inducida a eso por la estampilla, para que ella se justifique.

Todos los países tienen algo que aportar a esta eventual campaña de bien público a través de los sellos postales. Si a Estados Unidos se le imita en tantos aspectos, ¿por qué no imitarlo, también, en este otro representado en una modesta estampilla de trece centavos?

PARTIQUINO

LA SEGUNDA